AÑO V — BUENOS AIRES, 25 DE OCTUBRE DE 1926 — N.o 246

BIBLIOTECA "E.V."

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Para hoy y para mañana

¿Aspiramos a la implantación de de una sociedad en que el hombre será el enemigo del hombre, en que la regla suprema será la lucha recíproca, o bien queremos establecer un régimen de vida en donde la solidaridad, el apoyo mutuo, el libre acuerdo regirán nuestros destinos? ¿Cuáles son los sentimientos que merecen ser prácticados, cuáles son las normas de conducta, cuáles las aspiraciones que merecen ser exaltadas como sociales? ¿Las del odio o las del amor, las de la cooperación y el libre acuerdo o las de la lucha de todos contra todos?

No cabe duda que combatimos el mundo capitalista, no sólo porque nos explota, no sólo porque nos oprime, sino porque en su seno es imposible el desarrollo de nobles sentimientos, de fraternales relaciones entre los hombres, de apoyo mutuo entre las regiones y los pueblos.

No sólo vivimos en el taller: fuera del taller hay también una vida del corazón y del cerebro que no encuentra en el sistema de iniquidad que vivimos un campo propicio para su desenvolvimiento. Combatimos en el taller la explotación, las usurpaciones del Estado en todas partes, la inmoralidad y la injusticia donde quiera que se presenten. Por razones de ideas y de sentimientos tanto como por razones de utilidad conviene más la fraternidad humana que la hostilidad y la guerra del hombre contra el hombre. El anarquismo quiere una sociedad de hermanos, una sociedad de libres y de iguales. Esas aspiraciones suponen ya que en nuestro corazón y en nuestro cerebro germinan esos sentimientos y esas ideas y que en la medida de lo posible nos esforzamos o debemos esforzarnos por traducir en la realidad una parte de lo que será la vida social del porvenir. No podremos vivir hoy sin ser explotados y oprimidos, so pena de ser explotadores y opresores; pero podemos vivir abrigando sentimientos morales superiores a los del capitalismo, convirtiendo así el movimiento anarquista en un oasis en que podrán refugiarse y apagar su sed los espíritus sinceros, los amantes de la verdad, los apasionados de la justicia.

Insistimos en eso. Frente al capitalismo y al estatismo omnipotentes, el arma de más efecto, la más irresistible es el ejemplo de nuestra vida, la significación moral de nuestro movimiento. Siendo consecuentes intelectual y moralmente con el anarquismo, el mundo tendrá que respetarnos, y después de respetarnos ha de tener que examinar seriamente lo que queremos. Las revoluciones populares no surjen de los gabinetes del hombre de ciencia, nacen del sentimiento, nacen de las concepciones morales. Hay una lucha científica que no afecta a las grandes masas; a éstas les importan poco ciertos problemas que apasionan al entendido y familiarizado con algunas disciplinas de la ciencia. Los pueblos cuando se mueven espontáneamente, lo hacen contra la tiranía o la explotación llevando por guía la libertad y la reivindicación de sagrados derechos humanos. Pero para luchar por un mundo superior hay que vivirlo ya interiormente, sentirlo, amarlo, prácticarlo en los límites de lo posible. Dentro del capitalismo podemos ser solidarios con el compañero, defensores del débil contra el despotismo de los fuertes, propulsores de las buenas cualidades de los hombres, estimulando el desarrollo de lo que duerme en todos los seres en bondad, en espíritu de fraternidad, en amor a la belleza y a la verdad.

Si sería discutible la afirmación de la superioridad de la lucha contra el mal por la mera exaltación del bien, por lo menos esto último podemos prácticarlo sin temor a realizar esfuerzos inútiles. Que cada lector recorra mentalmente los recuerdos que conserva en su conciencia de su vida pasada; descubrirá que guarda vivo afecto y firme simpatía para aquellos que le interesaron por la superioridad de sus dotes morales. Y lo mismo que son esos hombres los que más influenciaron nuestra conducta y la dirección de nuestro espíritu, así nosotros, a nuestra vez, podremos influenciar la vida de los que nos sucedan, más aun que por la palabra, por el ejemplo.

Hay expositores brillantes que nos atraen por lo que dicen mucho más que por lo que hacen; sus pensamientos sobresalen tanto que obscurecen su personalidad particular. Esto ocurre con frecuencia en el mundo científico; pero en el mundo revolucionario es el valor moral del propagandista el que prima y persiste. No hay mayor elocuencia que el ejemplo de una vida noble, recta, justiciera; esas vidas ejemplares carcomen más el mundo en que vivimos que la más brillante refutación científica de las tendencias homicidas del capitalismo.

¿Cuál debe ser el oasis para los torturados por los vicios y contradicciones de la sociedad actual si no lo es nuestro movimiento, si no lo es el anarquismo?

***

A propósito del 40 aniversario de "Freedom"

En el número pasado de esta publicación, uno de nuestros colaboradores, el camarada Max Nettlau, nos recordaba el 40 aniversario de *Freedom* de Londres, que, en efecto, se fundó el 1.° de octubre de 1886. Fué uno de los primeros órganos del anarquismo en idioma inglés, y hoy mismo, después de cuarenta años de vida, casi continúa siendo el único.

Hay que admirar el ejemplo de tenacidad de ese esfuerzo y quisiéramos, al mismo tiempo que expresamos al viejo paladín hermano nuestros deseos de prosperidad, hacer algunas consideraciones, que podrían ser tal vez algo amargas.

El anarquismo no ha progresado bastante, no ha progresado todo lo que era de esperar según el empuje de sus primeros tiempos, cuando el ala autoritaria del movimiento revolucionario tenía que mantenerse continuamente en la defensiva frente al avance de nuestras ideas. Hoy el socialismo legalitario se considera tan firme en sus posiciones que ni siquiera siente la necesidad de presentarnos batalla y de discutir nuestros puntos de vista. La burguesía, el mundo del pensamiento, no ven o no necesitan ver en el anarquismo un peligro social inminente; apenas se conservan algunas escaramuzas en el terreno de las luchas entre patrones y obreros; fuera de eso, que no existe siquiera en todos los países, el anarquismo ha quedado demasiado circunscrito, demasiado privado de influgacia. Es una gran tragedia estar convencido, como estamos, que la humanidad no conocerá mejores días más que si adopta los postulados fundamentales del anarquismo y ver que transcurren los años, las décadas y que transcurrirán las centurias sin estar todavía en situación de influenciar la trayectoria histórica y de modificar la mentalidad actual de la servidumbre voluntaria.

"Freedom" continuará aumentando el número de sus años, llegará al medio siglo y volveremos a hablar del fausto acontecimiento. ¿Pero la anarquía? La anarquía, si los esfuerzos anarquistas son tan pobres y tan inconsistentes como los actuales, la veremos siempre para un porvenir remoto, que no disfrutarán los hijos de nuestros hijos.

Que se nos perdone este momento de pesimismo al ver cómo pasan los años sin labor efectiva, sin obra sólida para el porvenir; es muy poco, demasiado poco lo que el anarquismo representa en la actual beligerancia social. Habría que disponerse internacionalmente a salir de este marasmo y de esta pasividad suicidas, para que nuestras publicaciones no se hicieran centenarias en el régimen del estatismo.

El manifiesto de banqueros y comerciantes europeos

O los lobos protegiendo a las ovejas contra las mandíbulas de los zorros

E. G. GILIMON

SOBRE LA LUCHA DE CLASES

Plantear bien un problema, suele decirse que es resolverlo.

Y aunque no crea que esto es rigurosamente exacto, voy a procurar plantear el problema de la lucha de clases lo mejor que me sea posible para, así, ver si alcanzo a resolverlo de un modo que no deje lugar a dudas.

Empiezo:

¿Existe la lucha de clases?

En caso afirmativo ¿es o no beneficiosa?

En caso negativo, ¿conviene o no crearla?

Para saber si existe o no la lucha de clases es preciso observar lo que a nuestro alrededor ocurre.

Y vemos que las clases sociales no están perfectamente deslindadas y que los individuos pasan de una a otras con relativa frecuencia, no siendo extraño ni mucho menos ver subir a los más altos puestos sociales, a los nacidos en los más bajos, así como caer en éstos a los más encumbrados.

La democracia ha roto las trabas que anteriormente se oponían a estos cambios y en virtud de los cuales los descendientes de esclavos eran esclavos, los de artesanos siempre artesanos, los de nobles siempre nobles, etc.

En la Edad Media estaba todo tan regulado que hasta el vestir se hallaba codificado, y ningún ser perteneciente a una clase podía usar ropajes que correspondieran a otra, tal cual hoy sucede con los uniformes militares y los hábitos sacerdotales; y en las castas de la India.

Mas, aunque no sea posible fijar los límites de cada clase social, distínguense dos cuyas características son las siguientes:

Una que posee la tierra y los instrumentos de producción; otra que carece de todo género de bienes.

La primera — clase explotadora — ejercita el derecho de propiedad, detentando una parte del producto del trabajo de la otra, a la que apenas si le deja lo imprescindible para vivir.

Bueno es dejar constancia de que al par de estas dos clases, perfectamente definidas, hay la clase parasitaria formada por el clero, y la clase intelectual constituída por los que ejercen profesiones liberales y por los artistas, de quienes no se puede decir, en general, que son explotados, ni explotadores.

Concretándonos a las dos primeras, que son las que tienen a simple vista intereses más opuestos, por cuanto que si al explotado (obrero) le perjudica la clase parasitaria, es en primer término su explotador (patrón) quien le lesiona detentando parte del producto de su trabajo, veamos si, a pesar de esto, existe entre ellos lucha de clases.

Si tomamos nota de las huelgas que se producen con el objeto de disminuír esa parte del producto del trabajo que detentan los patrones, inmediatamente se echa de ver que la lucha de clases existe.

Pero si observamos que quienes generalmente estorban esa adquisición que los huelguistas pretenden, son miembros pertenecientes a la clase explotada, cabe dudar, muy fundadamente, de la existencia de esa lucha de clases, que queda relegada a un simple propósito, pero que, en realidad, no es más que una lucha entre miembros de una misma clase, en la que entran como factores determinantes el ansia de mejorar de unos — haciendo extensiva la mejora a todos los de su clase — y la necesidad de comer que impulsa a los otros a oponerse a esas conquistas de mejoras que, por de pronto, empieza por suprimir el salario durante el tiempo que la huelga pueda durar por la resistencia de los patrones a concederlas mejoras reclamadas.

La clase parasitaria, contribuye igualmente por su parte a dificultar la lucha propiamente llamada de clases entre patrones y obreros, protegiendo a los reemplazantes de los huelguistas, persiguiendo a éstos y aun substituyéndolos en ocasiones. Con lo que la contienda se complica haciendo aparecer en escena otra clase social que si bien procede en parte de los explotados y en parte de los explotadores, constituye una clase especial.

Resulta de esta manera tan compleja la lucha, tan confusa que ni se puede decir que es lucha de clases ni que no lo es.

En efecto: una parte de una clase lucha contra otra de ella misma, y lucha además contra la clase parasitaria y contra la clase explotadora por cuanto que ésta con su resistencia a ceder lo que se le reclama, también toma parte en la contienda.

Mas las huelgas con ser muy frecuentes, no forman la vida diaria. Independientemente de esas luchas colectivas, existe otra lucha pertinaz, de todos los momentos, lucha individual hija directa del individualismo que caracteriza a la época presente, y que en esto se diferencia notablemente de las épocas anteriores, en las que al no ser democráticas, el corporativismo caracterizaba la lucha empujando a cada clase a obtener privilegios o ventajas a expensas de las otras. Tal las luchas de las comunidades, tal los fueros de las ciudades libres.

La lucha individual salta a la vista, que parece superfluo describirla.

Lucha individual es la del obrero que ofrece del producto de su trabajo una parte mayor que la habitual al patrón para conseguir ocupación.

Lucha individual es la del que pretende tal solo la comida a cambio de toda su persona.

Lucha individual es la del que intensifica su labor para no ser despedido del taller o la fábrica.

Lucha individual es la del intrigante que trata de apartar competidores de su paso.

Lucha individual es la del fabricante contra el fabricante, la del comerciante contra el comerciante, la de cada hombre contra otro su semejante.

Existe, además, la lucha entre los agricultores contra los demás ramos de producción.

La de los industriales, de industria a industria, y contra comerciantes, agricultores, etc.

Y así sucesivamente, cada diferencia de producción, cada especialidad, entabla la lucha contra los similares y los antagónicos.

Este género de lucha individual es genuinamente bárbaro, eternamente desastroso. No es siquiera la lucha por la existencia de que nos habla Darwin y en la que los más aptos triunfan y superviven, pues no se combate directamente por aumentar los medios de subsistencia quitándoselos a los débiles, sino que se renuncia a mejorar, se disminuye la porción alimenticia y el descanso, se extrema el desgaste de fuerzas, para evitar la suplantación. Es lucha de renunciamientos y no de adquisición. Es la más desastrosa de todas las formas de lucha; la más perjudicial y absurda, por cuanto que como contraste espupendo se da el caso de realizarla seres que tienen a su disposición todo lo necesario para vivir y en forma tal que cada día podrían trabajar menos.

Gráficamente podría decirse, que unos hombres se quedan tuertos para que otros se queden ciegos.

En resumen: Existe plenamente comprobada la lucha individual; y nótase una tendencia a la lucha de clases, como retorno al cooperativismo de la Edad Media, pero que se presenta obstaculizada por parte de los mismos explotados, haciendo que sea una lucha entre hombres de idéntica clase y como una ampliación de la lucha individual, sorda y tenaz, que cada obrero sostiene con los demás para ocupar un puesto en el trabajo y para desalojar a los que están en él o evitar ser desalojados por éstos.

La lucha individual, que es la característica de esta época, tiene como causa principal el progreso en los medios de producción, por cuanto que hoy se produce más de lo que la capacidad económica permite consumir, pudiéndose con los actuales procedimientos aumentar la producción de un modo casi indefinido capaz de satisfacer no ya la capacidad económica de los consumidores, sino su capacidad de consumir íntegra, por lo menos en la mayoría de los productos industriales y agrícolas, ya que no en los ganaderos, cuya multiplicación escapa a los hombres, y lo cual es un escollo difícil de salvar para la humanidad, dicho sea de paso.

Ahora bien: *¿Conviene propiciar la lucha de clases, o no?*

La embrionaria lucha de clases que con un poco de buena voluntad puede suponerse existe, se caracteriza por una tendencia exclusiva a disminuír la parte del producto del trabajo que retienen los patrones, o sea a lo que corrientemente se llama conquista de mejoras.

No voy a dilucidar en este momento si las mejoras son o no reales, si duran o no y ni aun si ellas benefician a unos trabajadores en perjuicio de los demás. El objeto de este artículo, si bien tiene ese punto mucha conexión con él, no es forzoso encararlo, con lo que evitaré dar demasiada extensión a este trabajo y hacerlo menos confuso.

La conquista de mejoras o mejor dicho la prédica de la lucha de clases, pueincitar a los trabajadores a ir hasta reclamar de los capitalistas el producto íntegro de su trabajo.

Esta suposición que se hace, basada en la supuesta existencia de la lucha de clases y en la de una propaganda constante para desarrollarla y para hacerla efectiva, necesitaría para su posibilidad que los trabajadores todos o parte, se convencieran de que era factible alcanzar ese fin, o sea esa conquista del producto íntegro de su trabajo, por medio de la lucha de clases. No quiero presentar frente a esta suposición la contraria, que consistiría, o bien en decir que la lucha por las mejoras se eternizaría, o bien que por último el desaliento cundiría entre los trabajadores y se abandonarían como se abandonaron los esclavos cuya liberación fué alcanzada gracias al esfuerzo de los que ni eran, ni habían sido esclavos, ni descendían de éstos y aun a trueque de sacrificios inmensos como en el caso de la guerra de secesión de los Estados Unidos de Norte América.

Y esta suposición sería tan verosímil como la otra y tan posible, puesto que ya tenemos el antecedente de esos mismos esclavos resignados a su suerte de bestias y el de diversos pueblos vencidos que tras los primeros impulsos de rebelión se sometieron incondicionalmente a sus vencedores.

Una imparcialidad escrupulosa, me lleva a prescindir en el terreno de las suposiciones, de ésta, que resulta contraria al éxito de la lucha de clases, y por lo tanto sigo — después de enunciarla — con la primitivamente sentada.

Admítase, por lo tanto, que los trabajadores llegarán a desposeer a los patrones, haciendo que el producto íntegro del trabajo fuese para los que lo realizan.

¿Qué ocurriría?

¿Estaría resuelto el problema social?

Los patrones quedarían naturalmente reducidos a la condición de obreros o bien se incorporarían a las clases parasitaria e intelectual.

La lucha tendería entonces — tendría que tender — a abolir esas otras dos clases, por lo menos la parasitaria.

Yo quiero admitir que los obreros transformados en poseedores de los medios de producción que ellos manejan, se emanciparían del prejuicio estatal, del prejuicio patriótico, del prejuicio religioso y una vez en posesión del capital se negarían a sostener el parasitismo de militares, gentes de justicia, clérigos, etcétera.

¿Cabe suponer, en cambio, que los parásitos se conformarían?

Porque es fácil admitir que si la clase parasitaria viese un peligro para su existencia en estorbar la acción reivindicadora de los trabajadores en la lucha contra los patrones, concluirá, a fin de que los obreros no ampliaran su concepto llevando a la lucha un criterio social en vez del económico que importa la lucha de clases, por abandonar a los capitalistas a sí mismos, dejando que en la posesión de las fábricas, talleres etc., sustituyeran los gremios, sindicatos o corporaciones obreras a los patrones individuales.

Las clases parasitarias — a la cual pertenecen los políticos — cuentan con los individuos tal vez más inteligentes y, sin tal vez, los menos escrupulosos, no siendo por lo tanto materia de extrañeza el que con tal de salvar sus posiciones — y aunque después de ellos viniera el diluvio — admitirían que el medio económico pasase de manos de los capitalistas a las de los trabajadores.

Ya los vemos prescindir de la iglesia, sin empeñarse en sostenerla, convencidos de que les es más útil hacerlo así que no exponerse a que por mantenedores del clero se les ataque a ellos mismos. Ha bastado que la iglesia pierda parte de su prestigio y fuerza de antaño para que la abandonen.

Y lo mismo harían con los capitalistas, si la lucha de clases fuese una verdad sin distingos, vale decir, si los huelguistas no tropezasen con el obstáculo de los obreros que los reemplazan en las huelgas.

Los políticos han abandonado a los reyes, en cuanto la realeza no ha sido adorada ya, como hoy abandonan a la iglesia, y como abandonarán a los capitalistas si las huelgas adquieren una intensidad que sea para ellos mismos un peligro.

Habría pues finalmente que ir contra el parasitismo, contra el Estado, contra la autoridad, teniéndose que hacer una activa propaganda para desprejuiciar a los obreros, lo que costaría algún trabajo, pues éstos mejorando económicamente no sentirían muy intensa e inmediata la necesidad de concluir con la clase parasitaria.

Concretando: La lucha de clases, en cuanto tiene un fin exclusivamente económico es incompleta. La lucha de clases en cuanto tendría que continuar entre la clase obrera y la parasitaria representa una prolongación de una contienda y de una situación que es de desear termine cuanto antes.

La lucha de clases, al fomentar el odio de una clase contra otra, hace olvidar la causas verdaderas del malestar social, o bien no las hace conocer, con lo cual se yerra en la solución del problema, puesto que sin conocer estas causas es difícil se procure extirparlas.

La lucha de clases, lleva en sí el germen de la antipatía hacia la clase intelectual, hacia el obrero de las profesiones liberales, lo que es absurdo y perjudicial hasta para los mismos trabajadores, sin que pueda servir de excusa que algunos intelectuales engañen o hayan engañado a los obreros, puesto que también hay obreros que han engañado y engañan a sus compañeros.

Como anarquista y determinista, opino que los hombres de hoy son culpables del actual estado de cosas, que, responde a necesidades de épocas pasadas y a la ignorancia de nuestros antepasados, siendo necesario para hacer desaparecer dichas causas — autoridad, gobierno, propiedad privada, etc. — difundir su conocimiento, e interesar al mayor número posible de hombres, sean de la clase que sean, en su extirpación.

Una organización de tendencia netamente anárquica y una propaganda anarquista entre el proletariado parasitario (soldados y policías) y en todos los sitios que se pueda, tiene que ser más eficaz que la sóla prédica de la lucha de clases, en que algunos concentran toda su acción, y que es algo incompleto y defectuoso, amén de sujeto a errores y extravíos.

(Del primer *SUPLEMENTO de LA PROTESTA*, julio de 1908).

PRECIO 10 CENTAVOS

EMMA GOLDMAN

EL SUFRAGIO FEMENINO

Nos jactamos de pertenecer al siglo de las luces, de los grandes descubrimientos, del adelanto portentoso de la ciencia y de un progreso extraordinario en todos los órdenes de la actividad humana. ¿No es extraño que sigamos comulgando en el culto de los fetiches? La verdad, nuestros fetiches de ahora cambiaron de forma y substancia, pero el influjo que ejercen en la mente humana continúa siendo tan desastroso como el de los antiguos.

Otro de nuestros modernos fetiches es el sufragio. Y lo es para aquellos que apenas terminaron de combatir en las revoluciones sangrientas que lo instauró, como lo es para aquellos que disfrutaron su reinado llevando su penoso sacrificio al altar de sus omnipotentes dietas. ¡Guay del hereje que ose disentir con esa divinidad!

Las mujeres, aun más que los hombres, son fetichistas, y aunque sus ídolos pueden cambiar, seguirán arrodilladas, con las manos en alto, ciegas siempre ante esos dios con pies de arcilla. De ahí que desde tiempo inmemorial el sexo femenino haya sido el más grande sostenedor de todo género de deidades. De ahí, también, que tuviera que pagar un precio que sólo los dioses exigen, — que fué su libertad, sus sentimientos, su vida entera.

La memorable máxima de Nietzsche: "cuando vayas con mujeres provéete de un látigo", aunque se la considere demasiado brutal, resulta muy justa para ellas en su actitud hacia sus dioses.

La Religión, especialmente la cristiana, la condenó a una vida de inferioridad, a la esclavitud. Torció su íntima naturaleza, sus instintos más sanos, reprimió los impulsos de su alma; sin embargo, la Iglesia no posee un sostén más firme que la devoción de la mujer. Se puede decir, sin temor de ser desmentidos, que la religión habría cesado de existir hace mucho tiempo como un factor preponderante en la vida de las personas, si no fuera por el continuo apoyo que recibe de las mujeres. Las más fervientes devotas, que llenan las iglesias, son mujeres; los más incansables misioneros que viajan por todo el mundo, son mujeres, — mujeres que siempre continúan sacrificándose en el altar de los dioses, que encadenaron su espíritu y esclavizaron su cuerpo.

La guerra, el insaciable monstruo, le roba a ella todo lo que es más querido y precioso. Le arranca sus hermanos, sus novios, sus hijos y en pago la sume en la soledad y en la desesperación. Sin embargo, el apoyo más sólido que posee el culto de la guerra procede de la mujer. Ella es la que a sus hijos inspira el anhelo de la conquista y del poder; ella susurra en los oídos de sus pequeñuelos la gloria de la guerra, y cuando mece la cuna del bebé, le duerme musitándole cantos marciales, en los que suenan los clarines y rugen los cañones. Es la mujer la que corona a los victoriosos que regresan de los campos de batalla. Sí, es la mujer la que paga el más alto precio al monstruo insaciable de la guerra.

Llega su turno al hogar. ¡Qué terrible fetiche es! De qué manera va royendo las energías más vitales de la mujer, — dentro de esa moderna prisión con barrotes de oro. Los rayos deslumbrantes que despide ciegan a la mujer que ha de oblar el duro precio de esposa, de madre y de ama de casa. Asimismo se aferra tenazmente al hogar, esa poderosa institución que la mantiene en la esclavitud.

Puede decirse que la mujer, reconociendo cuán dócil y deleznable instrumento es para el Estado y la Iglesia, necesita del sufragio que ha de libertarla. Esto puede ser cierto para una pequeña minoría; mas la mayoría de las *sufragistas* repudian esta sensata tendencia como algo sacrílego. Al contrario, insisten que al concedérsele el sufragio a la mujer, ella logrará ser una más perfecta cristiana, ama de casa y mejor ciudadana. De este modo el sufragio no es más que un medio para fortalecer la omnipotencia de todos esos dioses que adoró y sirvió desde tiempo inmemorial.

Entonces ¿qué asombro puede causar que ella vuelva a ser tan celosa, tan devota, como antaño lo fué, y se postre ante el nuevo ídolo, el sufragio? Desde la antigüedad soporta persecuciones, encarcelamientos, torturas y toda forma de sufrimientos con la sonrisa que le ilumina el rostro. Desde la antigüedad espera también con el corazón ligero, el eterno milagro de la deidad del siglo XIX, — el sufragio. Una nueva vida, dicha, goces, alegrías, libertad e independencia personal, — todo eso y más tiene la esperanza que surja del sufragio, como por escotillón. En su ciega devoción, no vé lo que percibieron hace cincuenta años otros intelectos: que el sufragio es un grandísimo daño que cooperó en la esclavización del pueblo; mas ella astutamente cierra los ojos ante la evidencia, en el deseo que su ilusión no se disuelva en el aire.

El sufragio, en igualdad de condiciones para la mujer y el hombre, se basa en la idea fundamental que ella debe tener el mismo derecho que su compañero a participar en los asuntos de la sociedad. No es posible que se pueda rehusarle esa justa participación en la vida societaria, aunque el sufragio fuera una práctica sana y justiciera. Mas la ignorancia de la mente humana está compuesta para ver un *derecho*, una *libertad*, donde no hay más que una imposición. ¿No significa acaso una de las más brutales imposiciones esto que un grupo de personas conciban y confeccionen leyes para obligar con la fuerza, y la violencia a que otras las acaten y obedezcan? Y todavía la mujer clama por esa *única oportunidad*, que trajo tanta miseria al mundo, que le hurtó al hombre su integridad y la confianza en sí mismo; una imposición que corrompió totalmente al pueblo, convirtiéndolo en fácil presa en las manos de políticos sin escrúpulos y venales.

¡El pobre y estúpido ciudadano libre norteamericano! Libre para morirse de hambre, libre para vagar por las calles de las grandes ciudades y del campo; él disfruta de la bienaventuranza del sufragio universal, y con su derecho forjó las cadenas que arrastran sus pies. La recompensa que recibe se reduce a una labor agotadora, leyes prohibiendo con graves penas el derecho del *boicot*, de atacar a los rompehuelgas, en efecto, todo, casi todo, menos salvaguardar su sacrosanto derecho a fin de que no le roben el fruto de su trabajo. Y asimismo nada le enseñaron a la mujer los desastrosos resultados de este fetiche del siglo XIX. Es que se nos asegura que si ella entra en la liza, purificará la política.

Innecesario sería decir que no me opongo al sufragio femenino; en el sentido convencional de la idea pura, debería ejercerlo. Ya que no veo por cuáles razones físicas, psicológicas y morales la mujer no posee los mismos derechos del hombre. Mas esto no me ciega hasta llegar a la absurda noción que la mujer ha de llevar a cabo cosas en las que el hombre fracasó. Si ella no las hará peor, tampoco las hará mejor.

Presumir que ella logrará purificar lo que no es susceptible de purificación, es adjudicarle poderes sobrenaturales que nunca tuvo. Desde que su más grande desgracia fué que se la considerase un ángel o un demonio, su verdadera salvación se halla en que se le otorgue un razonable sitio en la tierra; es decir, que se la considere un ser humano y por ende sujeta a cometer los yerros y las locuras propios de la condición humana. ¿Podremos entonces creer que dos errores se convertirán porque sí en dos cosas justas, sensatas? Las más ardientes partidarias del sufragio femenino, ¿serán capaces de asentir con semejante locura?

De hecho los intelectuales más avanzados que trataron la cuestión del sufragio universal llegaron a la conclusión que el actual sistema político es absurdo y completamente inadecuado para satisfacer las apremiantes exigencias de mejoramiento, de justicia, de la vida moderna. Este punto de vista lo comparte una gran convencida de las bondades del sufragio femenino, Dra. Helen I. Summer. En su valioso trabajo *Equal Suffrage*, dice: "En Colorado pude darme cuenta muy bien que la igualdad del voto femenino y masculino, ha servido solamente para demostrar del modo más contundente la esencial podredumbre del actual sistema y la degradación que él significa". Naturalmente la doctora Summer, al hablar así, subentiende un particular sistema de votaciones, pero con igual acierto lo dicho se aplica a la entera maquinaria política. Con semejante base es difícil comprender de qué manera la mujer, como factor político, puede beneficiarse a sí misma y al resto de la humanidad.

Pero las devotas del sufragio nos dicen: "Contemplen y observen en los países y en los Estados que el sufragio femenino existe. Comprueben lo que las mujeres realizaron en Australia, en Nueva Zelandia, Finlandia, los países escandinavos, y en nuestros mismos Estados de Idaho, Colorado, Wyoming y Utal". La distancia añade encantos desconocidos, — para citar el dicho polaco "nos hallamos muy bien donde nunca estuvimos". De ahí que se quiera presumir que en esos países y Estados, totalmente diferentes de los otros, poseen la más grande libertad, una grande igualdad económica y social, una noble apreciación de la vida, una bondadosa comprensión de la encarnizada lucha económica y en todo lo que atañe a las cuestiones vitales de la raza humana.

Las mujeres en Australia y en Nueva Zelandia pueden votar y colaborar en la confección de las leyes. Las condiciones de los trabajadores en general son mejores que las de Inglaterra, donde las *sufragistas* desarrollan una heroica lucha? ¿Existe una libre maternidad más dichosa en la concepción de sus hijos que en Inglaterra? ¿No se sigue considerando a la mujer como un mero objeto de placer o de comodidad sexual? ¿Se emancipó ella de la moral puritana que igualmente afecta a ambos sexos? Ciertamente que no, pero la mujer política ha de responder afirmativamente, que sí, que todo se consiguió ya. Si esto fuese así, aun me parecería ridículo señalar a Australia y Nueva Zelandia como la Meca de las hazañas de la igualdad de sufragio.

Por otra parte, quienes conocen a fondo las condiciones políticas de Australia, afirman que los políticos amordazaron a los trabajadores con leyes tan restrictivas que si se declara una huelga sin el permiso legal de una comisión de arbitraje, este acto es considerado como un crimen de alta traición.

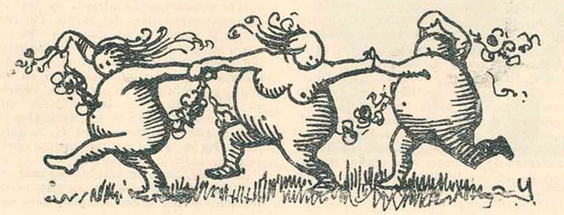
Ni por un momento pienso implicar al sufragio femenino como responsable por este estado de cosas. Lo que deseo indicar es que no hay razón para destacar a Australia como una obra maestra, fruto de las actividades femeninas, desde que con su influencia fué incapaz de libertar a los trabajadores de la esclavitud de la política patronal.

Finlandia le otorgó a las mujeres el derecho del voto, y también el de sentarse en el Parlamento. ¿Esto le valió para desarrollar entre sus mujeres un más grande heroísmo, un sentimiento más intenso por la libertad que en las de Rusia? Finlandia, así como Rusia, estuvo bajo el sangriento látigo del zar. ¿Dónde existen las finlandesas Perovskaias, Spiridonovas, Figners, Breshskovskaias? ¿Dónde las innumerables muchachas finlandesas, como las rusas, quienes marchaban alegremente a Siberia en defensa de sus ideas? Finlandia tuvo una escasez penosa de libertadores heroicos. ¿El voto pudo cegarlos? El único finlandés vengador de su pueblo fué un hombre, no una mujer, y para el caso empleó un arma más eficaz que el voto.

Por parte de nuestros Estados, donde las mujeres votan, y a los que constantemente se los señaló como lugares de maravillas, ¿qué cosa se realizó con la ayuda del voto de la mujer que los otros Estados no tengan y gocen ampliamente, o que no se haya podido acometer mediante esfuerzos enérgicos, sin que el voto mediara para nada?

Si es verdad que en los Estados en que fué instaurado el sufragio femenino, la mujer participa de los mismos derechos del hombre sobre la propiedad, ¿de qué le vale esto a la masa de mujeres sin propiedad, a los millares de asalariadas, quienes viven al día? La igualdad en el voto no afectó sus condiciones; esto también lo admite la Dra. Summer, capacitada para conocer lo que allí sucede. Siendo una convencida sufragista, fué enviada al Colorado por el *Collegiate Equal Suffrage League of New York* para realizar una serie de encuestas e investigaciones, recogiendo datos en favor del sufragio femenino. Ella será, pues, la última persona que diga algo en contra de su propio credo; y asimismo nos informa "que la igualdad del sufragio alteró ligeramente las condiciones económicas de la mujer. Esta no recibe una paga adecuada a su trabajo; aunque en el Colorado el derecho de votar lo adquirió desde 1876, las maestras reciben un salario menor al de sus colegas de California". Por otra parte, la Srta. Summer nos hace notar el hecho de que habiendo la mujer ejercido el simple derecho del voto durante 34 años y que desde 1894 se haya instaurado el sufragio en igualdad de condiciones para los puestos femeninos electivos, un censo realizado hace pocos meses, solamente en Denver descubrió 15.000 niños defectuosos físicamente en edad escolar. Ello con la agravante que en el Departamento de Educación había algunas mujeres desempeñando altas funciones, y también que el elemento femenino hizo votar "leyes severas para la protección de los niños y los animales". Además, ellas "tomaron el más gran interés por las instituciones del Estado, las cuales tratan de recoger los niños vagabundos, los defectuosos y los delincuentes". ¿Qué queda de la fama gloriosa del sufragio femenino si fracasó en su cometido más importante, el niño? ¿Y qué le resta de una más noble idea de la justicia, para que lleve a la niñez en la esfera de la política? Y en 1903, cuando los propietarios de las minas emprendieron una verdadera guerrilla contra los mineros de la "Western Miners Union"; cuando el general Bell implantó el reinado del terror, arrancando del lecho a los trabajadores, apaleándolos por las calles, masacrando a varios, arrojando a otros en los calabozos, declarando "al infierno la Constitución, al fuego con ella", ¿dónde estaban entonces las mujeres políticas y por qué no ejercieron el poder de sus votos? Sí, ellas lo emplearon. Ayudaron así a derrotar al gobernador Waite, un hombre de principios y de amplias miras liberales. Tuvo que cederle el sitio al instrumento de los reyes de las minas, el gobernador Peabody, el enemigo de los trabajadores, el zar del Colorado. "Ciertamente, el sufragio masculino no habría hecho otra cosa". Claro que no. ¿Dónde están entonces las ventajas para la mujer y la sociedad, derivados del sufragio femenino? La repetida afirmación que ella purificará la política no es más que un mito. Es el concepto que se deduce por las personas que estudiaron las condiciones políticas de Idaho, Wyoming, Colorado y Utah.

La mujer, esencialmente una puritana en lo moral, es naturalmente santurrona, siendo por eso incansable en su esfuerzo de convertir a los otros en buenas criaturas, como ella piensa que deben ser. De ahí que en Idaho, ella se apartó de su hermana de la calle, de "reputación dudosa" y la declaró inapta para votar. Eso



de lo *dudoso*, no ha de comprenderse por la prostitución en el matrimonio. No hay necesidad de decir que la prostitución ilegal y el juego de azar son actividades severamente prohibidas. Respecto a las leyes, deberían pertenecer al gramatical género femenino: todo es prohibido. Por lo demás, las leyes son maravillosas. No necesitan extenderse mucho sin que su espíritu se abra a todas las plagas del infierno. La prostitución y los juegos de azar nunca florecieron allí con mas exuberancia como ahora que tienen las leyes en su contra.

En Colorado el puritanismo de las mujeres se manifestó en una forma drástica. "Los hombres de existencia notoriamente viciosa y en relación con los lugares de corrupción, desaparecieron desde que la mujer adquirió el derecho de votar" (*Equal Suffrage*, Dra. Helen Summer). ¿Pudo el hermano Comstock portarse tan bien? ¿Pueden los padres puritanos hacer más? No sé si muchas de ellas han de comprender la gravedad que encierra este paso en falso. No sé si querrán comprender este hecho, que en vez de elevar la mujer, la convirtieron en una espía política, una despreciable entrometida en los asuntos privados de la gente, no tanto por servir la causa, sino como decía una de ellas: "les gusta ir a las casas desconocidas y husmear todo lo que ven, escuchar todo lo que oyen, tratándose de política o de otras cosas". (*Equal Suffrage*). Sí; hasta fisgonear dentro del alma humana en todos sus más escondidos rincones. ¿Y cuándo pudieron disfrutar de tan excelentes oportunidades, sino ahora que se metieron en la política?

"Hombres notorios por sus existencias viciosas, relacionados con los sitios de corrupción". Ciertamente, esa mujer que desea reunir muchos votos no puede ser acusada de falta de sentido. ¿Afirmando desde ya que estas movimentadas corporaciones pueden decidir entre lo que es vicio o virtud, o proponer cuáles son las vidas limpias para un ambiente eminentemente limpio, acaso los políticos no deberán seguir a esos regentes de lugares de corrupción, no entran ellos en la misma categoría? A menos que lo niegue la americana hipocresía, puesta de manifiesto en la ley de Prohibición, cuyas sanciones no hicieron más que extender el vicio de la embriaguez entre las clases ricas, mientras vigila el único sitio donde beben los pobres. Si no fuera que por esta sola razón, o sea su estrechez puritana hacia la vida, debe considerarse como uno de los más grandes peligros al dejarle en sus manos el poder político. El hombre se halla atiborrado de prejuicios, y todavía la mujer se está engolfando más en ellos. Aquel, en el reñido campo económico, se vé obligado a desplegar todas sus capacidades intelectuales y físicas. De modo que no le queda tiempo ni humor para medir la moralidad de su vecino con el metro puritano. En sus actividades políticas tampoco se conduce ciegamente. Comprende que es la cantidad, no la calidad, lo que se necesita para hacer mover las muelas de los molinos políticos, y a menos que no sea un reformista sentimentaloide o un fósil, sabe muy bien que los políticos no pueden representar otro conglomerado que el de una ciénaga pestilencial.

Las mujeres, quienes se hallan más o menos enteradas acerca del proceder de los políticos, conocen la naturaleza de la bestia; pero, por su vanidosa suficiencia y por su egotismo, creen que bastan sus caricias para que este animal se vuelva un corderito, todo gentileza, dulzura y pureza. ¡Como si las mujeres no fuesen capaces de vender sus votos y como si las mujeres políticas no fuesen capaces de comprarlos!! Si su cuerpo se puede adquirir mediante una recompensa material, ¿por qué no el voto? Y esto es lo que está sucediendo en Colorado, así como en otros Estados, sin que el hecho pueda ser refutado por esas mismas mujeres que se hallan en favor del sufragio.

Como hiciera constar antes, su punto de vista tan estrecho sobre los principales asuntos de la vida, no es el solo argumento que la inhabilita para creerse superior al hombre en la faz política. Hay otros. Su larga existencia económicamente parasitaria borró completamente de su conciencia el concepto de la igualdad. Exige iguales derechos que el hombre, más sabemos "que muy raras mujeres feministas tratan de propagar sus ideas en los distritos poco atrayentes" (Dra. Helen A. Summer). ¡Qué mezquina igualdad es ésta, comparada con la de la mujer rusa, quien posee en alto grado el valor de afrontar las penas del infierno por su ideal!

La mujer pide iguales derechos que el hombre, y asimismo se indigna si con su sola presencia no puede herirlo de muerte: porque fuma, no se descubre ante ella y no le cede el asiento instantáneamente, como impulsado por un resorte. Se considerarán estas cosas muy triviales, sin embargo, para la verdadera naturaleza de las sufragistas norteamericanas, es algo capital. Sin duda alguna que sus hermanas las inglesas se hallan por encima de estas estupideces. Ellas han demostrado encontrarse a la misma altura en lo que piden y en la voluntad heroica para sostenerlo. Todo el honor al heroísmo y a la testaruda fuerza de las *sufragettes*.

Gracias a sus enérgicos y agresivos métodos le insuflaron un poco más de vitalidad ciertas señoras norteamericanas demasiado blandas de carácter y pobres de espíritu. Pero después de todo, también las *sufragettes* carecen de un concepto claro de lo que es vardaderamente la idea de igualdad. ¿No lo comprueba ese tremendo, gigantesco esfuerzo que están llevando a cabo para conseguir un puñado de conquistas que beneficiarán al un grupo de mujeres propietarias, sin que nada se provea para la vasta masa de los trabajadoras? Ciertamente, desde su punto de vista político deben ser forzosamente oportunistas, aceptar por lo pronto lo menos, la conquista transitoria, por no perderlo todo. Mas como mujeres inteligentes y liberales, deberán comprender que si el voto es un arma temporal, las desheredadas lo necesitan mucho más que las de una clase económicamente superior, quienes desde ya disfrutan de un poder más grande en virtud de su privilegiada situación económica.

La brillante adalid de las *sufragettes* inglesas, Sra. Emmeline Pankhurst, no tuvo a menos de admitir, en una conferencia pronunciada en Norte América, que en política hay también la división de las clases en inferiores y superiores. Si es así, las mujeres trabajadoras de Inglaterra ¿qué actitud adoptarán al cobrar fuerza de ley el proyecto Shackleton (1), que solamente beneficiará a las de una situación económica superior? ¿Seguirán aquéllas trabajando de común acuerdo con sus superioras? No es muy probable que las del tipo Annie Keeney, — tan llena de entusiasmo, de convicción, capaz de realizar los mayores sacrificios por su causa, — se avengan a cargar con las mujeres de sus patronos, así como las cargan ya en la faz económica. Y esas clases dominantes tratarán que siempre sea así, aunque el sufragio universal igual para mujeres y hombres se estableciera en Inglaterra. Hagan lo que hagan los trabajadores en el presente régimen, siempre serán ellos los que habrán de pagarlo todo. Mas los que aún creen en el poder del voto, demuestran bastante pequeñez espiritual al querer acaparar ese poder para ellos solos, sin ninguna consideración para los que lo necesitan mucho más.

El sufragio en los Estados Unidos hasta ahora no ha sido más que una cosa aparte absolutamente alejada de las necesidades económicas del pueblo. Por eso, Susan B. Anthony, sin duda un tipo excepcional de mujer, no sólo se demostró indiferente a la precaria situación de los trabajadores, sino que no vaciló en exhibir su manifiesto antagonismo, cuando en 1869 aconsejó a las mujeres que ocupasen los lugares de los tipógrafos en huelga. (*Equal suffrage*, Dra. H. A. Summer). No sé si su actitud mental pudo cambiar antes de su muerte

Aquí hay, como es natural, algunas sufragistas afiliadas con las obreras, — de Women's Trade Union League; pero son una pequeña minoría y sus actividades son esencialmente económicas. Las demás contemplan al proletariado que pena con sus herramientas — constructoras de la dicha ajena — con el mismo olímpico despego que hace la sublime providencia. ¿Qué sería de los ricos si no fuera por el trabajo de los pobres? ¿En qué se convertirían esas parásitas señoras, que derrochan en una semana lo que sus víctimas ganan en un año? ¿Igualdad? ¿Quién oyó semejante cosa?

Pocos países ha producido un tan arrogante esnobismo como Norte América. Esto se aplica particularmente a la mujer de la clase media. No solamente se considera igual al hombre, sino superior en pureza, bondad y moralidad. No hay que asombrarse entonces que las sufragistas otorguen al voto femenino el más grande poder milagroso. En su exaltada soberbia no se da cuenta de qué modo se halla esclavizada, no sólo por el hombre, sino por sus estúpidas nociones sobre la tradición. El sufragio en nada podrá remediar este caso doloroso; más bien podrá acentuarlo, como ya está haciéndolo.

Una de las más grandes líder de los ideales feministas decía que no sólo la mujer tenía derecho a igual salario al del hombre, sino que también le pertenecía el salario del marido. Este, al dejar de sostenerla económicamente sería condenado por la ley a cierto tiempo de prisión, y lo que ganara en la cárcel debería ir a las manos de su esposa. ¿No es éste otro de los brillantes exponentes de cómo el voto femenino entiende suprimir los males sociales, los que han sido combatidos en vano por el esfuerzo colectivo de las mentalidades más ilustradas del mundo? ¿No es lamentable que el supuesto creador del universo nos haya presentado este admirable y maravilloso orden de cosas y que asimismo el voto femenino en manos de la mujer no pueda subvertirlo?

—

Nada es más peligroso que la dirección de los fetiches. Si nosotros hubiésemos vivido en la época en que semejantes herejías eran castigadas con la hoguera, no nos habríamos salvado de aquellos cuya estrechez mental quisiera condenar a muerte a quien disienta con sus ideas y las nociones preestablecidas. Por lo pronto, se me ha de presentar como enemiga del movimiento feminista y de la mujer en general. Repito lo que dije al principio: no creo que la influencia de la mujer empeore el ambiente político, pero tampoco creo que lo mejore. ¿Y si no pude enderezar los errores de los hombres, por qué contribuir a perpetrarlos?

La Historia puede ser muy bien una compilación de mentiras; no obstante, algunas verdades contiene, y éstas son la sola guía para el futuro. La historia de las luchas políticas llevadas a cabo por el hombre nos demuestra que nada le benefició sin que le costara largos o graves quebrantos. En una palabra, cada pulgada de tierra conquistada, le valió un constante combate, una incesante brega para afianzar sus derechos, y no fué logrado ésto mediante el sufragio. No hay, pues, razón para creer que la mujer, si quiere escalar las vallas de su propia emancipación, deberá ser ayudada por el voto político.

En los más sombríos países, Rusia, con su absoluto despotismo, la mujer llegó a ser igual al hombre, no a través del voto y sí por su voluntad de querer y poder. No conquistó únicamente para ella un vasto campo de enseñanzas para sus particulares vocaciones, sino que alcanzó la estima del hombre, su respeto y su camaradería; y es más, se ganó el respeto, la admiración del mundo entero. Y ésto no fué por el sufragio y sí por su heroísmo, su fortaleza, su industriosidad y su poder de soportarlo todo en la lucha por la libertad. ¿En qué país las mujeres que ejercen el derecho del sufragio pueden reclamar para sí semejante victoria? Cuando consideramos lo que la mujer norteamericana emprendió y realizó hasta ahora, encontramos que se necesita algo mucho más poderoso y profundo que el sufragio para que ella obtenga su emancipación.

Hace justamente sesenta y dos años que un puñado de mujeres en el congreso de *Seneca Falls* presentó un plan de reformas y de demandas por las que se exigía el derecho de tener la misma educación que los hombres y el acceso a varias profesiones, oficios, etc. ¡Qué triunfo, que empresa más magna fué ésta!

Cómo prepara el fascismo las generaciones futuras.

(1) *Schackleton fué un miembro del partido laborista, cuyo credo luego renegó. La autora hace notar que el parlamento inglés está lleno de estos Judas.*

El luto en los pueblos primitivos

Es de notar, asimismo, que los salvajes actuales, conocen la mutilación intencionada de los dedos.

En muchos pueblos americanos, africanos y polinesios se practicaba la costumbre de cortarse una falange para testimoniar de por vida, de una manera visible e imperecedera, el luto por algún pariente.

Entre los charrúas, en el Río de la Plata (América del Sur) las mujeres, para demostrar el dolor por la muerte de su padre, esposo o hermano, se cortan una falange, empezando por el dedo meñique. Cuando entre los Hotentotes (Africa del Sur) una madre pierde a su primogénito, corta una falange de la mano del hijo siguiente en la persuasión de que éste no se morirá. En la isla de Tonga, dice J. R. Forster, la mayor parte de sus pobladores tienen cortadas una o dos falanges de los dedos meñiques, inmoladas en honor de algún pariente difunto. En las islas Fidji, además de cortarse los dedos, sus habitantes se arrancan también los dedos de los pies. Cuando moría un rey, las mujeres se cortaban un dedo: éste era entregado, envuelto en una hoja de banana, a la reina viuda, con las palabras "Majestad, aquí tenéis mi luto". También el misionero Whitmee cuenta que en Vaitupu, una de las islas Ellice, pudo observar que precisamente de cada tres mujeres una por lo menos había hecho el sacrificio de uno o varios dedos en señal de duelo.

En Australia, en cambio, esta mutilación tiene un carácter mágico: las jóvenes que las sufrieron son tenidas por afortunadas en la pesca.

HUGO OBERMAIER

¿Quién se atreve a decir que la mujer es un trasto bueno sólo para los trabajos domésticos? ¿Quién podrá incurrir en la tontería de sugerir que una u otra profesión no es adecuada a ella porque carece de capacidad para desempeñarla? Durante 62 años se amoldó a esta nueva atmósfera, que significa una nueva vida para ella. Y todo ello sin sufragio, sin el derecho de fabricar leyes, sin el *privilegio* de llegar a ser juez, carcelero o verdugo.

Sí, muy bien puedo ser considerada una enemiga de la mujer; pero si puedo conducirla por un camino en donde la ilumine la luz de la razón, no he de lamentarme.

La gran desventura de la mujer no estriba tanto en su inadaptabilidad para desempeñar cualquier trabajo masculino, sino en que fué desgastando todas sus fuerzas durante una vida entera, asistida, asesorada por una tradición ancestral y centenaria que la incapacitó físicamente para concertar la paz con su compañero de ruta, el hombre. Lo que importa no es el género de trabajo que emprenda, sino la calidad del trabajo que produzca. En ese sentido el sufragio ni añadirá ni quitará esa cualidad intrínsica. El desenvolvimiento ideal de sus facultades, su libertad, su independencia personal deberá ser la obra de su propio intelecto y de sus propias manos. Primero, afinándose como carácter y como individualidad libre, y no como un objeto de placer; segundo, rechazando todo derecho que se quiera imponer sobre su cuerpo; rehusándose a procrear, cuando no se sienta con necesidad de hacerlo, negarse a ser sierva de dios, del Estado, de la sociedad, del marido, de la familia, simplificando su existencia tornándola más profunda y rica en nobleza.

Solamente esto, y no el voto político, habrá de libertar a la mujer, convirtiéndola en una fuerza aun desconocida para el mundo; en una lucida y poderosa fuerza para el verdadero amor, para la verdadera paz, para la verdadera armonía; fuerza de divino fuego, creadora de vida, del hombre y de la mujer libres.

—

P. J. PROUDHON

PAGINAS VIEJAS

P. J. Proudhon, candidato a la pensión Suard (1)

Besançon, 31 de mayo de 1837.

A los señores de la Academia de Besançon.

Señores: soy tipógrafo y corrector de imprenta, hijo de un pobre artesano que, padre de tres muchachos, no pudo nunca hacer los gastos del aprendizaje. He conocido desde temprano el mal y el trabajo; mi juventud, para servirme de una expresión muy popular, ha pasado por más de un tamiz. Así lucharon con la fortuna Suard, Marmontel, una multitud de literatos y de sabios. Ojalá podáis, señores, a la lectura de esta Memoria, concebir el pensamiento que entre tantos hombres famosos por los dones de la inteligencia y el que en este momento solicita vuestros sufragios, la comunidad de la desgracia no es tal vez el único punto de semejanza.

Destinado al principio a una profesión mecánica, por consejo de un amigo de mi padre fuí colocado como alumno externo gratuito en el colegio de Besançon. Pero ¿qué era el envío de 120 francos para una familia en que el vivir y el vestir era siempre un problema? Carecía habitualmente de los libros más necesarios; hice todos mis estudios de latín sin un diccionario; después de haber traducido en latín todo lo que me proporcionaba la memoria, dejaba en blanco las palabras que me eran desconocidas y a la puerta del colegio llenaba los lugares vacíos. He sufrido cien castigos por haber olvidado mis libros: era que no los tenía. Todos mis días de asueto eran ocupados por los trabajos del campo o de la casa a fin de ahorrar un jornal; en las vacaciones iba yo mismo al bosque a buscar la provisión de los aros para la tienda de mi padre, tonelero de profesión. ¿Qué estudios he podido hacer con semejante método? ¡Cuán insignificantes éxitos he debido obtener!

Hacia al fin de mi cuarto grado, tuve por premio la *Démostration de l'existence de Dieu*, de Fenelón. Ese libro me pareció repentinamente haber abierto mi inteligencia e iluminado mi pensamiento. Había oído hablar de materialistas y ateos; ardía en deseos de saber cómo se las arreglaban para negar a dios.

Lo confesaré sin embargo: la filosofía de Descartes, adornada con la elocuencia de Fenelón, no me satisfizo enteramente. Sentía a dios, tenía el alma penetrada de él; enamorado desde la infancia de esa gran idea, desbordaba en mí y dominaba todas mis facultades. Y en un libro hecho para probar el Ser supremo, no encontré más que una metafísica vacilante cuyas deducciones tenían el aspecto de una hipótesis más cómoda, pero que no se parecían a una teoría científica y cierta. Permitidme, señores, ofreceros un ejemplo. El alma no puede perecer, dicen los cartesianos, porque es inmaterial y simple. Pero ¿por qué lo que ha comenzado a ser una vez no podría cesar de existir? ¡Qué es eso! el alma, en su duración, ¿sería, de una parte, infinita y eterna, de otra limitada? Eso es inconcebible. La materia, dicen los mismos filósofos, no es el Ser necesario, porque es evidentemente contingente, dependiente y pasiva. Por tanto ha sido creada. Pero ¿cómo concebir la creación de la materia por el espíritu más que la producción del espíritu por la materia? Uno es tan inconcebible como la otra. Permanecí, pues, lo que era: creyente en dios y en la inmortalidad del alma; pero pido perdón a la filosofía, fué mucho menos a causa de la evidencia de sus silogismos que por la debilidad de las razones contradictorias. Me pareció desde entonces que era preciso seguir otra ruta para constituir la filosofía en una ciencia, y no me he desdicho de esa opinión de mi infancia.

Proseguí mis estudios de humanidades a través de las miserias de mi familia y de todos los disgustos con que puede ser abrevado un joven sensible y del más *irritable* amor propio.

Además de las enfermedades y del mal estado de sus negocios, mi padre litigaba en un proceso cuya pérdida debía completar su ruina. El día mismo en que tenía que pronunciarse el fallo, yo iba a ser coronado de *sobresaliente*. Fuí con el corazón bien triste a esa solemnidad donde todo parecía sonreirme; padres y madres abrazaban a sus hijos laureados y aplaudían sus triunfos, mientras que mi familia estaba en el tribunal esperando la sentencia.

Me recordaré siempre. El señor rector me preguntó si quería ser presentado a algún pariente o amigo para verme coronar por él.

—No tengo a nadie aquí, señor rector, le respondí.

—¡Pues bien!, agregó, yo le coronaré y le abrazaré.

Jamás, señores, sentí una emoción tan viva. Volví a encontrar a mi familia consternada, a mi madre llorando: nuestro proceso se había perdido. Esa noche cenamos todos pan y agua.

Me arrastré hasta la retórica: fué mi último año de colegio. Desde entonces se me hizo necesario proveer a mi sostenimiento. "Ahora, dijo mi padre, debes saber tu oficio; a los diez y ocho años yo ganaba el pan, y no había ido tanto a la escuela". Consideré que tenía razón y entré en una imprenta.

Confié algún tiempo que el oficio de corrector me permitiría continuar mis estudios abandonados en el momento mismo en que exigen esfuerzos más grandes y una actividad nueva. Las obras de los Bossuet, de los Bergier, etc., pasaron por mis ojos; aprendí las leyes del razonamiento y del estilo con esos grandes maestros. Muy pronto me creí llamado a convertirme en un apologista del cristianismo, y me puse a leer los libros de sus enemigos y de sus defensores. ¿Debo decíroslo, señores? En el horno ardiente de la controversia, apasionándome a menudo por fantasías y no escuchando más que mi sentido privado, ví desvanecerse poco a poco mis queridas y preciosas creencias; profesé sucesivamente todas las herejías condenadas por la Iglesia y relatadas en el diccionario del abate Pluquet; no me libraba de una más que para hundirme en la opuesta, hasta que, en fin, de cansancio, me detuve en la última y quizás la más irrazonable de todas: era sociniano. Caí en un desaliento profundo.

Sin embargo, las conmociones políticas y mi miseria privada me arrancaron a mis meditaciones solitarias y me lanzaron además en el torbellino de la vida activa. Para vivir me fué necesario salir de mi ciudad y de mi país, tomar el hábito y el bastón de peregrino y buscar. de imprenta en imprenta, algunas líneas que componer, algunas pruebas que leer. Un día vendí mis premios de colegio, la única biblioteca que había poseído. Mi madre lloró; para mí me quedaban extractos manuscritos de mis lecturas. Esos extractos, que no se podían vender, me siguieron y me consolaron en todas partes. He recorrido de ese modo una parte de Francia, expuesto algunas veces a carecer de trabajo y de pan por haberme atrevido a decir la verdad frente a un patrón que, en respuesta, me expulsaba brutalmente. Este año mismo, empleado en París como corrector, tuve que ser víctima una vez más de mi altivez provinciana; y sin el apoyo de mis colegas, que me defendieron contra las injustas prevenciones de un jefe de taller, me hubiese visto quizás apremiado por el hambre, obligado a ponerme a sueldo de algún periodista. A pesar de todas las privaciones y de las miserias que he experimentado, este extremo no me hubiese parecido el más horrible de todos.

La vida del hombre no es nunca de tal modo doliente y abandonada que no esté sembrada de algunos consuelos.

Había encontrado un amigo en un joven a quien la fortuna atormentaba como a mí mismo, por las contrariedades morales y el aguijón de la pobreza. Se llamaba Gustave Fallot. En el fondo de un taller recibí un día una carta que me invitaba a dejarlo todo y a ir a reunirme con él... "Vd. es desgraciado, me decía, y la vida que Vd. lleva no le conviene. Proudhon, somos hermanos: mientras me quede pan y una habitación, lo compartiré todo con Vd." Acababa entonces, señores, de dirigiros una memoria y se presentaba a vuestros sufragios como candidato a la pensión Suard. Sin decirme nada, se proponía, si obtenía la preferencia sobre sus amigos, cederme el disfrute de esa pensión, reservándose para él la gloria del título y la explotación de las ventajas preciosas ligadas a él. "Si soy nombrado en el mes de agosto, me decía sin explicar más, nuestra carrera se abrirá en el mes de agosto". Yo volé a su llamado y fué para verlo, atacado por el cólera, consumir para mí hasta sus últimos recursos, llegar a las puertas de la muerte sin que me fuese posible continuar procurándole mis atenciones. La falta de dinero no nos permitía quedar juntos; fué preciso separarse, y le abracé por última vez. El 25 de enero último medité una hora sobre su tumba.

Con cincuenta francos en mi bolsillo, un saco a la espalda, y mis cuadernos de filosofía por provisiones, me dirigí hacia el mediodía de Francia... Pero, señores, sería abusar de vuestra paciencia el detallaros aquí por orden cronológico todo lo que he sufrido en mi cuerpo y en mi corazón. ¿Qué os interesa, después de todo, que yo haya sido más o menos sacudido por la fortuna? No basta, para merecer vuestra elección, tener sólo miseria que ofreceros, y vuestros sufragios no buscan un aventurero. Sin embargo, si no descubro mi calamitosa existencia, ¿qué es lo que me recomendará a vuestra atención?; ¿quién hablará por mí? Tal ha sido hasta este día, tal es aún mi vida: habitando en los talleres, testigo de los vicios y de las virtudes populares, comiendo mi pan ganado todos los días con el sudor de mi frente, obligado, con mis módicos honorarios, a ayudar a mi familia y a contribuir a la educación de mis hermanos; en medio de todo eso meditando, filosofando, recogiendo las menores cosas de las observaciones imprevistas.

Cansado de la condición precaria y miserable de obrero, quise al fin ensayar, con uno de mis compañeros, la reorganización de un pequeño establecimiento de imprenta. Las pequeñas economías de los dos amigos fueron puestas en común, y todos los recursos de sus familias lanzados en esa lotería. El juego pérfido de los negocios ha engañado nuestra esperanza: orden, trabajo, economía, nada ha servido; de los dos asociados uno se ha ido al rincón de un bosque a morir de agotamiento y de desesperación, al otro no le queda más recurso que arrepentirse de haber comprometido el último trozo de pan de su padre.

Perdón otra vez, señores, si en lugar de exponer títulos reales a vuestra benevolencia, no os ofrezco más que mi infortunio. Desconocido para la mayoría de vosotros, he debido, me parece, deciros lo que he sido y lo que soy. Por lo demás, no es sin repugnancia como he consentido en relataros algunas circunstancias de mi vida, y en descubriros el estado habitual de mi espíritu y de mi carácter. Tales confidencias no me parecen bien más que entre iguales y amigos. "Y bien! — me dijo un hombre a quien amo y re-

verencio — ¿quieres agradar a los señores de la Academia? Háblales como a amigos". ¿Se habría engañado y mi confianza me perjudicaría?

En 1836-1837, habiéndome obligado una larga enfermedad a interrumpir mi trabajo en el taller, me puse al estudio. Algunos ensayos bastante felices de crítica y de filosofía sagrada habían dado nueva expansión a mis instintos literarios y determinado mi inclinación a las especulaciones filosóficas. En los insomnios de la fiebre y los ocios de una laboriosa convalecencia, me entregué a investigaciones gramaticales que me parecieron lo bastante importantes para merecer vuestro examen. Os han sido remitidos dos ejemplares de mi obra; pero los inmensos trabajos de vuestra sabia compañía, me atrevo a presumirlo al menos, han retardado hasta aquí vuestro juicio.

Si la débil composición que os ha sido sometida pudiese responder de la que preparo; si la exposición de mis primeros esbozos garantizase suficientemente la exactitud de las ideas que elaboro; si deseais, señores, ver terminar estudios nuevos y fecundos ¿sería permitido al que desde hace ya un año se ha convertido en vuestro ajusticiable, contar un poco más con vuestra indulgente benevolencia que con las esperanzas dudosas de su talento y con las consideraciones debidas a la extrema modicidad de su fortuna?

Buscar en la psicología nuevas regiones, en la filosofía nuevas vías; estudiar la naturaleza y el mecanismo del espíritu humano en la más aparente y la más palpable de sus facultades, la palabra; determinar, según el origen y los procedimientos del lenguaje, la fuente y la filiación de las creencias humanas; aplicar, en una palabra, la gramática a la metafísica y a la moral, y realizar un pensamiento que atormenta a profundos genios, que preocupaba a Fallot, que prosigue nuestro Pauthier: tal es, señores, la labor que yo me impondría si me concedieséis libros y tiempo; ¡sobre todo libros! El tiempo no me falta nunca.

Después de todas las vicisitudes de mis ideas y el largo parto de mi alma, he debido acabar, he acabado por crearme un sistema completo y unido de creencia religiosa y filosófica, sistema que puedo reducir a esta simple fórmula:

Existe, de origen sobrehumano, una filosofía o religión primitiva, alterada desde antes de todas las épocas históricas y de la cual los cultos de los diferentes pueblos han conservado todos vestigios auténticos y homólogos. La mayoría de los dogmas cristianos mismos no son más que la expresión sumaria de otras tantas proposiciones demostrables; y se puede, por el estudio comparado de los sistemas religiosos, por el examen atento de la formación de las lenguas, e independientemente de toda otra revelación, constatar la realidad de las verdades que la fe católica impone, verdades inexplicables en sí, pero accesibles al entendimiento. De ese principio puede deducirse, por una serie de consecuencias rigurosas, una filosofía tradicional cuyo conjunto constituirá una ciencia exacta.

Tal es hoy, señores, el compendio de mi profesión de fe.

Nacido y educado en el seno de la clase obrera, perteneciéndole aún por el corazón y los afectos, y sobre todo por la comunidad de los sufrimientos y de las aspiraciones, mi mayor alegría, si obtuviera vuestros sufragios, sería, no lo dudéis, señores, poder trabajar en lo sucesivo sin descanso, por la ciencia y la filosofía, con toda la energía de mi voluntad y todas las potencias de mi espíritu, en el mejoramiento moral e intelectual de aquellos a quienes me complazco en llamar mis hermanos y mis compañeros; de poder difundir entre ellos las semillas de una doctrina que considero como la ley del mundo moral; y en espera del éxito de mis esfuerzos dirigidos por vuestra prudencia, de considerarme ya, en cierto modo, como su representante ante vosotros.

Pero, cuaquiera que sea vuestra elección, señores, me someto a ella de antemano y aplaudo; a ejemplo de un antiguo, me regocijaré de que encontréis uno más meritorio que yo: Proudhon, habituado desde la infancia a aguzar su valor contra la adversidad, no tendrá nunca el orgullo de creerse un genio desdeñado y desconocido...

(1) *Esta carta nos expone sintéticamente el origen y la infancia de Proudhon, haciéndonos ya vislumbrar en ella al futuro pensador revolucionario. Consideramos que, aunque no sea más que a título de documentación y como estímulo moral, ésta y otras cartas de Proudhon que iremos reproduciendo, merecen ser leídas. El contacto espiritual con un hombre de la talla del gran escritor, "padre de la anarquía" como le llamó Kropotkin, puede sernos hoy mismo de utilidad, aunque sean otros los tiempos y las condiciones.*

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

VII

Las sociedades comunistas se distinguen generalmente, dice Taburiech, por su sociabilidad y moralidad, por la conciencia de la dignidad propia, por la atención hacia la opinión pública y por el libre desarrollo de los sentimientos no deformados por el interés personal. Vemos, de este modo, que la ausencia del poder coercitivo no trajo, de ninguna manera, el desarrollo de la criminalidad. Entre los esquimales y los aleutas hubo, en el transcurso de más de sesenta años un solo homicidio (Pedro Kropotkin).

Se sobreentiende, que en una sociedad comunista, no puede haber delitos contra la propiedad, ni muchos otros. "Aunque el crimen no vaya dirigido directamente contra la propiedad, dice Oscar Wilde, puede, sin embargo, ser provocado por la miseria, la opresión, el desaliento, engendrado por nuestros sistemas injustos del usufructo de la propiedad, y desaparecerá con la abolición de este sistema. Cada miembro de la sociedad tendrá lo suficiente para la satisfacción de sus necesidades y dejará de ser un competidor para sus vecinos, desde que no tendrá motivos para chocar con sus semejantes".

En la sociedad futura hasta desaparecerán los delitos de otra índole, como por ejemplo, los provocados por los celos. La actual organización social despierta en el hombre los instintos de propiedad. "Mi mujer", dice, y la mata si la mujer quiere ser de sí misma y no de él. La mata, porque el Estado le enseña a cada paso la violencia, porque constantemente tortura y mata a los que no le obedecen. En la sociedad futura no se verán estos ejemplos horripilantes, desaparecerá el maestro de escuela, el criminal más horrible, más cínico, más funesto; desaparecerá el Estado y en la sociedad de libres e iguales se creará una nueva moral, grandiosa y pura.

En la sociedad anarquista no se desconoce el derecho de la auto-defensa. En los primeros años de existencia de la sociedad anarquista habrá que apelar a ella con frecuencia. Pero en esta sociedad desaparecerán pronto los crímenes, porque inevitablemente se elevará el nivel común de cultura. No tendrá cabida en ella la institución corruptora de los jueces que no son otra cosa que verdugos que castigan friamente. Desaparecerá el derecho de unos a atormentar por venganza a otros. Desaparecerán los intolerables crímenes de los gobernantes y con ellos todos los demás crímenes.

En la sociedad de libres e iguales no habrá lugar a sentimientos como el de la envidia, maldad, odio, y serán desconocidos los estados de espíritu como el de la obediencia, servilismo, humildad, sumisión, etc.

No cabe duda que entre iguales se creará el sentimiento de la más profunda justicia. Heriberto Spencer suponía con fundamento, que en las comunas igualitarias primitivas predominaba "la voluntad de todos".

VIII

Hace mucho que apareció la violencia. Su origen hay que buscarlo en las tentativas del hombre para apoderarse de la mujer, cuando ésta no siempre respondía a sus deseos (edad, enfermedad, embarazo, etc.); en la lucha de dos hombres por la posesión de la mujer, en la defensa contra los animales y más tarde, en la caza de estos. De este modo se preparaba el terreno para el arraigo de la violencia como método. Otras causas más dieron nacimiento y desarrollaron la violencia. Los vencedores por la violencia, apoderábanse primero de las mujeres, más tarde del producto del trabajo de los vencidos y hacían prisioneros de la tierra y de los hombres — de estos últimos para hacerlos trabajar en beneficio de los vencedores.

Estos usurpadores violentos de los bienes, de las tierras y de la libertad ajenas convirtiéronse, con el tiempo, en gobernantes, aparecieron los patriarcas, los jefes de familia, los caudillos, príncipes, reyes, dominadores, etc.

Todos estos gobernantes entrometidos violentamente en las pacíficas sociedades de hombres iguales y libres, se hacían pasar, sin ninguna razón fundamental, por organizadores de las sociedades, que sin ellos se habían organizado, y afirmaban que sólo a su concurso se debía la existencia de la sociedad. Demás está decir que mentían en todo descaradamente. Los dueños de los esclavos afirmaban que sin ellos los esclavos dejarían de trabajar y se morirían de hambre, pero los hombres vivían mucho mejor antes de la aparición de aquellos, y cuando fué abolida la esclavitud, los antiguos siervos fueron más felices que cuando estaban bajo la férula de los señores. Los señores feudales decían que sin autoridad los siervos se embriagarían, se entregarían a la pereza y sucumbirían; pero los campesinos, cuando quedaron libres, trabajaban con una energía que nunca se había visto bajo el dominio de los señores y su situación mejoraba hasta que nuevos amos se les sentaban encima.

La misma cantilena oímos de los gobiernos burgueses y sus acólitos (y al mismo tiempo señores) los capitalistas: "Sin nosotros perecerá la sociedad. Las gentes no podrán pasarse sin nosotros. Se dispersarán como ovejas sin pastor". Idéntica canción entonan los socialistas.

Sin embargo, no perecemos, sino por el contrario llegaremos a conocer la felicidad. Siempre existieron y existirán causas biológicas y económicas que mantuvieron y mantendrán unidos a los hombres. Siempre hubo y habrá condiciones objetivas que obliguen a los hombres a que trabajen y aspiren hacia lo mejor.

Como ésto ha sucedido siempre, los explotados, libres de la explotación y la opresión, serán más felices.

La explotación y la opresión de los hombres por los hombres no será posible sin la violencia. Antes de toda otra forma de violencia, la de un hombre sobre otro hombre inclusive, fué simplemente la imposición violenta de los hombres armados sobre sus compañeros más débiles y desarmados.

Los gobernantes hace mucho ya que no manejan ellos mismos la espada, pero en cambio crearon instituciones complejas que constantemente amenazan a los súbditos con la violencia y la emplean siempre. Estas instituciones son el ejército, la policía, los tribunales, las cárceles, los verdugos, etc. Todas juntas forman la base del Estado y cuando caigan ellas se derrumbará el Estado, que será substituído por un orden social en el que no harán falta asesinos regimentados y estarán de más jueces y verdugos.

Junto con sus instituciones de violencia perpetua crearon los gobernantes, las instituciones de la hipocresía. Tales son sus escuelas, donde los conocimientos verdaderos se enseñan a los hijos de padres ricos, y eso únicamente en aquellas ramas del saber que no son peligrosas para los dominadores. En los demás casos, y especialmente en las escuelas primarias, se proporcionan únicamente los conocimientos útiles a industriales y comerciantes que necesitan obreros y empleados inteligentes entre quienes eligen a los ejecutores inferiores de sus órdenes.

Tales son las instituciones religiosas, que apoyan siempre a los distintos gobiernos y apelan a la violencia estatal para el mantenimiento de su propia autoridad.

Todas las religiones llevan impreso el sello del temor a un ser violento. Todos los dioses de la antigüedad, desde Jehová y Baal hasta Zeus y Tor, son violentos. Hasta el resplandeciente dios de los Helenos, Apolo, posteriormente dios del sol, de las artes y de algunas ciencias, fué en la remota antigüedad el dios de la violencia: de la peste negra, de la insolación, de la sequía y su nombre traducido del griego significa "aquel que matará". Hasta la religión cristiana se redujo a la amenaza de la violencia (en éste y en el otro mundo) contra los que no cumplen sus prescripciones y no obedecen a los gobernantes.

Toda la vida de la sociedad moderna está impregnada de violencia y únicamente por la violencia se mantiene. La propiedad privada de inmensas extensiones de tierra, de los medios de producción, etc., no existiría sino estuviera defendida por la violencia de los jueces, policías, soldados, en una palabra, por la violencia del Estado. Sin ésta violencia, los hombres no permitirían a los propietarios de la tierra y del capital que los despojasen.

Tampoco se mantendrían mucho tiempo en sus puestos los jefes si no se apoyaran en la violencia más feroz y despiadada. Nadie les pagaría los impuestos, nadie iría a hacer el servicio militar, donde se enseña el asesinato, nadie cumpliría sus órdenes.

La propiedad privada y los gobiernos se apoyan en la violencia y por la violencia viven. Que nos demuestren lo contrario. No es tan difícil hacerlo. Que licencien, aunque no sea más que por tres meses, a sus soldados, policías, jueces. Veríamos entonces, si serían muchos los hombres que les obedecerían.

***

POEMAS

Ya fué terminada la casa de piedra junto al lago y los trabajadores están empezando la verja.

La verja es de barras de hierro con puntas de acero capaces de arrancarle la vida al que se enganche en ellas.

Como verja, es una obra maestra de protección contra los vagabundos y muertos de hambre y contra los chiquillos callejeros que buscan un sitio en que jugar.

Por entre las barras de hierro y sobre las puntas de acero, nada puede pasar como no sea la Muerte, la Lluvia y el Mañana.

* * *

Permitidme que este día pueda ser monosílabo, oh Señor.

Ayer perdí un montón de palabras con un tonto y con un niño.

Hoy, permitidme que pueda ser monosílabo... un amigo de los viejecitos que lavan un rayo de sol entre sus dedos y que se regocijan con sus relojes anticuados.

* * *

Cuando Abraham Lincoln recibió la última palada en su tumba, olvidó a los unionistas y al asesino... en el polvo, en la tumba fría.

Y Ulises Grant perdió todo pensamiento de los confederados y de Wall Street... en el polvo, en la tumba fría.

El cuerpo de Pocahontas, bello como un álamo, dulce como una roja acerola en noviembre, o como una papaya en mayo, ¿se preguntará algo? ¿Se acordará de algo... en el polvo, en la tumba fría?

Tomad un grupo de gente comprando ropas o ultramarinos, saludando a un héroe, arrojando confetti o tocando cornetas de cartón... y decidme si los amantes pierden... decidme si los amantes ganan... en el polvo... en las tumbas frías.

Carl SANDRUGO.

LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS

Por RICARDO MELLA

(Estudio y réplica)

Un volumen de 172 págs. en 8.

Precio $ 1.—

Se vende en esta administración

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Federica Montseny

1o. *Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.*

Varios son los actuales problemas del anarquismo, dejando aparte los que se plantearon al formularse la primera base del ideal. Pero todos pueden concretarse, a mi entender, en el que podemos llamar problema de su vitalidad. El anarquismo, hoy día, carece de existencia, de presencia y potencia en el movimiento internacional humano, aunque lata en el fondo de todas las conciencias. Estamos muy lejos del tiempo en que el anarquismo, hablando llanamente, *estaba de moda*. Entonces no había más anarquistas que hoy, y los que lo eran resultaban menos, es decir: tenían excesivamente formada en sí mismos la idealidad, pero el anarquismo, por sus grandes figuras y por el siglo en que surgió, poesía más importancia internacional, tenía más vitalidad. Ahora el ideal, diluído en más personas, más impregnado en las masas proletarias — a pesar del sarampión sindicalista y de la perturbación bolcheviqui — debería dar una sensación de vitalidad que no da. ¿Por qué? Contra este por qué se estrellan todas las preguntas.

Ante todo debemos tener en cuenta la crisis universal de hombres por que se atraviesa. Después la crisis de reacción internacional. Por último, la propia crisis nuestra, crisis de divisiones, de envidias, de pequeños rencores, de mezquinas querellas, que obstaculizan la acción de los activos.

El anarquismo, diluída su savia en esos diversos aspectos, aparece depauperado en conjunto, depauperación de la que, esperémoslo, pronto y con más bríos saldrá, desaparecidas las causas que la han producido, para cuya extinción no debemos cansarnos en laborar.

Como los diferentes puntos de la encuesta abarcan este problema único del anarquismo, creo inútil extenderme más sobre algo que, en resumen, será dilucidado a lo largo de la encuesta.

Sobre los medios de provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria, desde luego debemos partir de la base de que es necesaria una previa labor en las masas populares, únicos factores revolucionarios actuales, previa labor nunca interrumpida, y que si no ha dado ya sus frutos es porque ha habido causas que les impiden madurar. Los anarquistas, solos, sin contar con el contrapeso popular, no pueden realizar más que acciones aisladas. Y hoy, particularmente la ensangrentada y dividida Europa, no parece ser terreno que reúna condiciones apropiadas para germinar este esfuerzo contra algo que la propia pobreza y crisis moral del mundo ha producido.

Las reacciones no son más que desfallecimientos del espíritu evolutivo de la humanidad. Las que podemos llamar fuerzas centrífugas sociales aprovechan esta falta de ímpetu revolucionario, estos momentos críticos de la historia, en que el espíritu humano, cansado por el trastorno de una guerra o de una revolución trascendental, reposa, para intentar volver al centro de gravedad, a la tradición de que proceden, al viejo orden de que nos vamos alejando al ir modificándose nuestros conceptos sobre las diferentes manifestaciones de la vida humana. ¿Es posible combatir el efecto, sin atacar antes las causas? ¿Servirá de algo nuestra acción contra el efecto si la causa queda en pie? No. Si no destruimos, ante todo, el fundamento, lo llamaré cabeza de lo tenia autoritaria, el mal se reproducirá.

¿Cómo destruirlo? He aquí el primer esfuerzo, que requiere labor lenta, que impacientará a los optimistas y a los inquietos. Sin embargo, al margen de esta labor lenta y siempre continuada, puede existir en todo tiempo la acción rápida, no pródiga en adelantos de carácter general, más fecunda en fracasos que en victorias, en víctimas que en labor, pero que mantiene latente algo que no debemos dejar morir: la llama inapagable de la revolución. El siglo pasado fué un siglo de intentos fracasados. La llamita, incesantemente encendida en el fondo de las almas, alimentada por una personalidad que se bastaba sola para mantenerla: Bakunin, produjo múltiples movimientos, epopeyas momentáneamente estériles, pero merced a las cuales se dió también esta sensación de vitalidad que hoy nos falta.

Los medios de realizar uno y otro de estos dos esfuerzos son, indudablemente, los que hasta ahora, en líneas generales, se han utilizado, y que si no han dado pródigo fruto no es a causa de ser erróneos, sino porque no se han intensificado y no han tenido suficiente poder para despertar las dormidas conciencias y la cansada acción de hoy. Es decir: propaganda antiautoritaria, crítica demoledora, ininterrumpida acción moral junto a todos los núcleos sociales, claridad de concepto en la exposición de ideas, cuidando de que la vida de los propagandistas esté de acuerdo con la idealidad, aspecto este algo abandonado y que tiene decisiva influencia sobre el adversario enriqueciendo o dañando las ideas, según sea la dignidad de sus propagandistas. Y esta acción, continua y paciente, por medio del periódico, del libro, del folleto, de la novela, de la conferencia, del mitin, ha de extenderse a todas las clases sociales, sin olvidar a las mujeres, elemento casi fundamental, sin el que todo intento fracasará.

El otro esfuerzo, tampoco olvidado y que forma parte de la misma esencia del anarquismo, requiere condiciones especiales, tacto revolucionario y pasión por la revolución; en una palabra, condiciones excepcionales, que yo, hoy por hoy, no sé ver por parte alguna, ya que cuantos movimientos se intentan y se han intentado no pueden demostrar una más lamentable pobreza de organización y falta de oportunidad. Sin embargo, consideremos buena señal este renacimiento moral de Bakunin, esta vuelta a la primitiva tendencia revolucionaria, contrarrestada por una propaganda de pasividad.

D. A. DE SANTILLAN (5)

LA JORNADA DE SEIS HORAS

Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo.

Si se tiene en cuenta que además de las fábricas mencionadas en la estadística, hay aún por lo menos 30 establecimientos del mismo ramo cuya producción se estima en un 30 por ciento de la cantidad de toneladas obtenidas por las fábricas consideradas en los datos anteriores, se pueden deducir preciosas conclusiones. Pero sin embargo, lo más importante y lo más asombroso es que las fábricas investigadas, son casi todas establecimientos que existían ya antes de la guerra, que tenían un personal expresamente instruído para ellas, y, a pesar de la falta de carbón, del personal parcialmente disminuido, y de la ruina de algunos hornos, *con la jornada de trabajo disminuida produjeron más de lo que produjo en 1913 toda la industria alemana de la porcelana.*

Se comprende que los capitalistas no opinen públicamente sobre los favorables efectos de la reducción de la jornada de trabajo. Sólo accidentalmente se pueden confirmar los hechos sacados a relucir por las organizaciones obreras. Por ejemplo, en la revista patronal de la industria cerámica, *Keromos*, número 3, 1922, se confiesa que la intensidad del trabajo en el horario actual aumentó en relación a las condiciones de antes de la guerra, y que el aprovechamiento mecánico también se ha mejorado. En un escrito sobre el jubileo de la fábrica de porcelana Limbach, escribe el director Georgi: "que con un trabajo más intensivo en la jornada de ocho horas, puede producirse lo mismo que antes en una jornada de diez o de once horas". El director general, Fillmann, de la fábrica de porcelana Kalha, dice: "Creo que las ocho horas pueden ser mantenidas para el trabajo a destajo y para el trabajo manual realizado de manera muy mecanizada. Como yo mismo he podido comprobar, es posible que esas labores, a pesar de la jornada reducida, lleguen a producir más que antes". Sólo habría que oponer a esas constataciones, que en todo el proletariado, no sólo en los obreros que trabajan a destajo, a pesar de la reducción de la jornada, hubo considerable aumento de la productividad". (*Voruaerts*, Berlín, 22 de octubre de 1925).

Pero lo que aquí se dice de la transición de la jornada de diez u once horas a la de ocho, podría decirse igualmente de la reducción de la jornada de ocho horas a seis. Un telegrama de Detroit, con fecha del 26 de septiembre de 1926, nos comunica lo que sigue:

"Detroit. — Henry Ford ha implantado ya en sus fábricas el sistema de trabajo por él planeado, de cinco días de labor por semana, pagando a sus operarios como hasta ahora, seis días. Este plan está dando el mejor resultado en diversas plantas industriales del fabricante.

"Ford predice que la semana de cinco días de labor será implantada en todas las industrias de Estados Unidos, pues según ha dicho, "el país no podrá absorber toda la producción industrial sin acortar la semana de labor para mantener la prosperidad de que goza.

"Las grandes empresas, al aumentar su eficiencia cada día, podrán pagar mejor a sus obreros por menos tiempo de labor, lo que pondrá a éstos en condiciones de poder satisfacer sus necesidades, aumentándolas. Estas nuevas necesidades a satisfacer absorberán la producción".

"Se pronostica que en sus nuevos planes concernientes al problema del trabajo, Ford se propondrá reducir la jornada de ocho horas".

El fabricante de automóviles Ford, que representa una de las mayores industrias de los Estados Unidos, — baste decir que de sus establecimientos salen diariamente en la actualidad de 5.000 a 7.000 automóviles, — es el ejemplo típico de los modernos métodos de trabajo. Su influencia es considerable y su previsión, como se ve, no es poca. El capitalismo tiene que preocuparse urgentemente de acrecentar el mercado nacional, de aumentar la capacidad de consumo de los trabajadores: para ello es indispensable, en primera línea, que la desocupación desaparezca, y la desocupación no puede desaparecer, sino aumentar, con la jornada actual.

El ejemplo de Ford es tan elocuente que la misma Americain Federation of Labor, en el congreso que celebró en el mes de octubre del año en curso en Detroit, se ocupó de generalizar la semana de cinco días de trabajo en los Estados Unidos.

Así confiesa Ford los efectos de los progresos mecánicos de los últimos años sobre el mercado del trabajo:

"Si existiera en nuestra cantidad de producción actual, la misma proporción del personal que en 1913 — la época de la fundación de nuestro establecimiento —, tendríamos que ocupar hoy 200.000 obreros. En realidad el número de los obreros ocupados ahora, en el tiempo que nuestra producción alcanzó su máximo de 4.000 coches diarios, no es de 50.000". (*Mi vida*, 1924).

El estudio de los progresos de la maquinaria en los establecimientos Ford bastaría por sí solo, para comprender toda la tendencia del capitalismo moderno y para insistir sin descanso en la inmediata implantación de la jornada máxima de seis horas.

Y lo más singular es que cuanto más progresa la técnica, más fácilmente se realizan los trabajos, sin necesidad de un aprendizaje previo. El obrero de oficio es puesto cada vez más al margen y sustituído por simples peones que en unas horas aprenden el manejo de la máquina que se les confía.

Eso quiere decir que los progresos del maquinismo no sólo hacen innecesarios los brazos obreros, sino la inteligencia, la habilidad profesional, las cualidades individuales del obrero.

Cuando se dió, hace ya más de cuarenta años, un paso audaz en pro de la jornada de ocho horas, la burguesía respondió que eso era una locura; economistas serviciosos se encargaron de probar con números y estadísticas que la jornada de ocho horas era imposible, que trastornaría incurablemente las bases de la sociedad, y que destruiría la vitalidad económica del país en donde se realizase. Los inspiradores de la reducción de la jornada no se dejaron amedrentar, y sostuvieron la posibilidad de la jornada de ocho horas, pagando su altivez con su vida. Pero la idea no murió en el cadalso con sus portavoces;

de anarquismo cristiano, procedente de Tolstoy, desastrosa desde el punto de vista de su intensidad.

2o. *La anárquia, como organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?*

Francamente, creo que esta pregunta huelga en el cuestionario.

¿Es posible poner en duda el revolucionarismo de la anarquía? ¿Es posible implantar la anarquía sin una profunda revolución en todos los órdenes de la vida: revolución violenta, que conmueva los cimientos sociales; revolución moral, que ataque los viejos prejuicios, los viejos sofismas políticos y religiosos, destruyéndolos? Estimo inútil discutirlo.

La anarquía es revolucionaria, ha de ser revolucionaria, debemos hacerla cada día más revolucionaria.

3o. *Al ser una idea de los humanos, ¿es o no proletaria la anarquía?*

Di ya en otra ocasión mi parecer sobre este asunto. La anarquía no es ni ha de ser proletaria. Ha de ser *humana*. No ha de ser una idealidad de clase: ha de ser más que una idealidad de especie: una idealidad de universo.

Proletarizarla, encerrarla dentro del círculo obrero, es empequeñecerla y empobrecerla, es destruir hasta sus fundamentos, su puro principio idealista, convirtiéndola en una aspiración simplemente de clase, reducida y atenta sólo al aspecto material.

Lógico es que, por la justicia social y la igualdad y libertad humanas que significa, sean los proletarios, esclavizados, despojados, víctimas de la injusticia social, los que más ardientemente la deseen, porque en ella encuentran su redención, su dignificación, su integración a la humanidad, el aniquilamiento de todas las desigualdades, su pleno desenvolvimiento como seres humanos. Pero en ella han de caber todos los hombres; es necesario que su misma propaganda, salvando las vallas clasistas, vaya al corazón y a la mente de todos los hombres.

A medida que la idea se irá consolidando, que la ciencia, los adelantos del espíritu humano, las nuevas necesidades y las nuevas inquietudes añadan sus moléculas al organismo ideal, lo vayan completando, dejando, sin embargo, su puerta eternamente abierta al porvenir, adquirirá mejor y mayor universalidad, un concepto aun más amplio, ilimitado, infinito en el tiempo y el espacio, dentro del cual cabrán indefinidamente el mañana y todas las manifestaciones de la vida en cualquiera de sus órdenes presentes y futuros.

Es así como yo concibo la anarquía, como creo que debe concebirse la palabra y la idealidad. La anarquía, pues, estimo que no es proletaria, que no ha de ser proletaria; repetiré hasta la saciedad que ha de ser *humana*, y, más que humana, universalista, en el más absoluto de sus conceptos, en la más amplia y futura de sus acepciones.

(*Concluirá*)

BIBLIOGRAFIA

"Gazzetta Medica Italo-Argentina" Nápoles.—

Encefalitis a consecuencia de la vacuna (The Lancet)—

Traducimos del italiano:

"En una reciente reunión de la Academia de Medicina de París, los médicos Bastianisee y Terbugli, en colaboración con Byl y Levaditi, hicieron una importante comunicación sobre algunos casos de *encefalitis* a consecuencia de las vacunas. En el transcurso de 18 meses observaron 34 casos, de los cuales 14 pacientes murieron. Se trataba de niños de corta edad. El decurso clínico era el siguiente: después de un período de 9 a 15 días de la vacuna, se desarrolló un síndrome cerebral violento y agudo. El primer síntoma era constituído por vómitos, cefalgias y el aumento de presión en el torrente circulatorio. En los días sucesivos aparecían convulsiones unilaterales, atacando un lado solo.

El estado agudo de estas afecciones duraba de siete a quince días. Analizado el líquido céfalo-raquídeo, se notó la ausencia de meningitis, y excluída la *poliomielite* por la ausencia de parálisis y el tétano, el diagnóstico a que se llegó fué de encefalitis.

La enfermedad se diferenciaba de la encefalitis epidérmica y de la encefalitis común de los niños, por la gran uniformidad de los síntomas, que contrasta con el cuadro variable de la encefalitis epidérmica, por la breve duración del estado agudo, por la ausencia de parálisis de los músculos oculares, y etc.

La linfa de la vacuna que se empleó en los 34 casos procedía de diez animales distintos, que a su vez fueron inoculados con tres injertos de Berna, de Hamburgo y de las Indias. Para establecer si la enfermedad fué provocada por la linfa de la vacuna, se inoculó con ella a algunos conejos y todos los resultados fueron negativos. Los autores piensan que la vacuna habría obrado favoreciendo el desarrollo del virus encefalítico, latente en los niños".

Si hemos destacado esta historia clínica, fué porque denuncia un caso flagrante de intoxicación vaccínica. No nos asiste ninguna autoridad científica; pero nos basta el buen sentido para comprender que toda materia extraña que se inyecte subcutáneamente o se inocule en un organismo, obra como depresión en la economía general de ese mismo organismo con los síntomas de postración, fiebre, malestar y cuando se encuentra con un cuerpo debilitado en todas sus funciones principales, se precipita el intoxicamiento general que causará o no la muerte, según la reserva vital del paciente. Este puede ser el caso de esas pobres víctimas, que aún se les culpa de haber tenido latente el virus encefalítico para desacreditar la vacuna, la que desde mucho tiempo a esta parte ha sido negada por eminentes autoridades científicas, quienes ponían en duda sus pregonadas e inmensas bondades. Otros, como Otto Carqué, médico canadiense, la creía altamente perjudicial, probándolo con hechos fehacientes y con estadísticas.

Nosotros nos contentamos con vigilar atentamente las publicaciones de índole científica que nos llegan, para presentar hechos y casos que, a veces, denuncian errores garrafales por el vicio de la especialización y de la unilateralidad, otras simplemente por los intereses creados de una ciencia oficializada que a costa de todo pretende mantener sus prestigios.

Obras completas de Miguel Bakunin, volumen III. *Consideraciones filosóficas*. Prólogo de M. Nettlau. Trad. de D. A. de Santillán. 344 págs. en 8°. Editorial LA PROTESTA, Buenos Aires, 1926. Precio: 1.50.

Aparte de un prólogo de 45 páginas de Max Nettlau, repleto de documentos y de interesantes observaciones, este nuevo volumen de las obras de Bakunin contiene los dos trabajos que pueden considerarse como lo fundamental de su obra filosófica: *Federalismo, socialismo y antiteologismo* (1867) y *Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre el mundo real y sobre el hombre*.

Las obras de Bakunin no deben faltar en la biblioteca de ningún anarquista consciente.

Acaba de aparecer "Consideraciones filosóficas" volumen III, de las obras completas de Miguel Bakunin, 350 pàginas, precio 1.50

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Malatesta Errico. — *En el Café*. Conversaciones sobre el anarquismo. Prólogo de L. Fabbri, 106 págs. Edit. "Argonauta", Buenos Aires, 1926. Precio, 0.30.

Adrián del Valle (Palmiro de Lidia). *Juan sin Pan*, novela social. 176 págs. en 8°. Editorial Fueyo, Buenos Aires, 1926.

Hablaremos en alguno de los números sucesivos de esta obra recientemente editada.

Educaçao Social, revista de pedagogía y sociología, tercer año, N.°, 15 de sept., 1926, Lisboa. Director Adolfo Lima.

Crónica Mensual del Departamento nacional del trabajo, julio de 1926, Buenos Aires.

Revista Blanca, Barcelona, 15 de septiembre de 1926.

Alas, revista quincenal d eaeronáutica, Madrid, número 99, del 1 de septiembre de 1926.

La novela ideal: *La última primavera*, por Federica Montseny, Barcelona.

Orientación, publicación anarquista, editada por la Biblioteca "El Porvenir", Santa Fe, calle Belgrano 4029. Recibimos el número 15, de 34 páginas en 4°.

Brand, órgano de los anarquistas suecos, Stokholmo.

Fede!, Pensiero e Volontà, Libero Accordo, todos de Roma. Recibimos los números que deja pasar la censura fascista.

La Réveil—Il Risveglio, Ginebra (Suiza).

Freedom, Londres.

---

se abrió camino vertiginosamente por el mundo entero, y las ocho horas se convirtieron en una realidad para el proletariado industrial de la mayoría de los países. Para saber científicamente si es realizable la jornada de seis horas, no vayamos, pues, a interrogar a los oráculos de la ciencia oficial ni a los capitalistas mismos; interroguemos nuestra voluntad de lucha, interroguemos la disposición de nuestras fuerzas y la respuesta será más exacta. La posibilidad de establecer la jornada de seis horas no está fuera de nosotros, sino en nosotros mismos.

La conquista de las seis horas no se plantea en el terreno de las posibilidades científicas y económicas, sino en el de la capacidad de resistencia del capitalismo a las reivindicaciones proletarias. Es un problema de fuerza y de audacia que se resolverá en una batalla económica y social entre los explotadores del trabajo y los aspirantes a un régimen social de producción libre.

Instintivamente los trabajadores saben que la reducción de la jornada depende de su propia voluntad y no de un poder extraño; saben que las mejores condiciones de vida han tenido y tendrán que ser conquistadas siempre al precio de insurrecciones y revoluciones, y que los que esperan de la generosidad de los gobernantes o de los capitalistas una migaja de libertad y de bienestar se condenan a no obtener jamás nada.

Apliquemos con la imaginación la jornada de seis horas a la solución del problema de la desocupación en Inglaterra. Se cuentan en este país unos 2.000.000 de desocupados sobre un personal de 21.000.000 empleado en la industria inglesa. Supongamos que la jornada general es de ocho horas en la actualidad; los 19 millones que trabajan representan un total de 152 millones de horas de trabajo por día; si trabajasen seis horas el total sería de 114 millones de horas de trabajo diarias; queda un excedente de 38 millones de horas; pero como los dos millones de desocupados no necesitan más que 12 millones de horas de trabajo por día, todavía queda trabajo para dos millones más de obreros, empleados y demás personal de la industria, es decir: la jornada de seis horas cambiaría automáticamente la situación del proletariado inglés, dándole una posición de independencia y trocando la oferta por la demanda de brazos en el mercado del trabajo.

No creemos que la crítica situación internacional de la vida económica sea superada de otro modo que por la reducción de la jornada. La base de esta aserción está en la incapacidad manifiesta del capitalismo para hallar una salida que, al menos, no empeore el mal existente. Y hay que decir que después de la guerra no fueron pocas las recetas presentadas.

Según nuestra convicción, la resistencia de la burguesía a disminuir la jornada de trabajo no se basa en el pretexto de la eventual disminución de la producción, argumento que hoy no puede ya sostenerse, sino en la seguridad de que, obligando a los trabajadores a quedar más horas en el proceso de la labor asalariada, se les aleja del pensamiento revolucionario y se les retiene de toda volubilidad de rebelión. La jornada prolongada de trabajo mata todo espíritu rebelde y consume las energías vitales, que deberían aplicarse a una labor de pensamiento propio, en un esfuerzo automático sin incentivo y sin voluntad.

Comprendamos nosotros también que si trabajamos menos horas bajo el yugo del salariado, tendremos más tiempo libre para elevar el nivel de nuestra cultura y de nuestras necesidades. Comprendamos que es preciso aumentar el bienestar y las aspiraciones de las masas obreras para acercarlas al ideal de la revolución. La miseria es la esclavitud y si es cierto que el salario será siempre un salario, la verdad es que entre salario y salario puede existir una considerable diferencia.

Pongamos a la orden del día de nuestra propaganda y de nuestra acción la conquista de las seis horas, tanto por las seis horas en sí, que representan una ventaja digna de ser realizada a costa de todos los esfuerzos, como por las consecuencias revolucionarias que importará esa disminución de la jornada.

Al prepararnos a la grandiosa lucha que implica la conquista de las seis horas, no sólo pensamos en la ofensiva contra el capitalismo y el Estado, sino que tenemos también en cuenta la ofensiva contra el socialismo autoritario mil veces traidor al proletariado y mil veces claudicante; contra ese socialismo que se vanagloria de haber hecho legislar la jornada de ocho horas, pero que no tuvo ni tiene inconveniente alguno, como hemos visto tantas veces durante y después de la guerra, en entregar esa conquista a la voracidad del capitalismo. Por lo demás, no fueron los parlamentos los que dieron las ocho horas a los trabajadores; fué la sangre de nuestros camaradas que supieron morir valientemente en Chicago por una causa noble y justa. Sin hombres del temple moral de los ahorcados en 1887, el proletariado trabajaría aún 10, 12 ó 14 horas, en espera de una ley que le hiciera caer del cielo capitalista, una reducción de la jornada agotadora. Pero hombres de ese temple moral no pueden surgir de un partido político que educa a sus miembros en la disciplina y en la sumisión, que castra todos los impulsos humanos espontáneos, que crea votantes dóciles y no conciencias libres, que lo sacrifica todo a la conquista del poder político, en lugar de dedicar todas sus fuerzas a la destrucción de ese poder, base de todos los males que sufrimos. No por precipitación, sino tras maduro examen, en interés de la causa revolucionaria queremos unir nuestra ofensiva anticapitalista a la ofensiva contra el socialismo autoritario o marxista, en ocasión de la lucha inminente por la jornada de seis horas. Tampoco obramos impremeditadamente al romper así con un apoyo eventual de parte de las fracciones del movimiento obrero más o menos inspiradas por la ideología autoritaria. Queremos comenzar la lucha con nuestras propias fuerzas, con nuestros únicos medios; los elementos sanos de los partidos pseudo-proletarios abrirán los ojos y sumarán sus esfuerzos a los nuestros; pero al hacerlo romperán simultáneamente la conexión con un sistema de ideas y de tácticas que los condena a quedar eternamente uncidos al carro del capital y a los dictados de la autoridad: que los condena, en una palabra, a no llegar nunca a la posesión de su humanidad y a la conciencia de sus derechos.

La lucha por la conquista de las seis horas será, pues, una lucha depuradora dentro del movimiento obrero mismo; una ofensiva real contra el sistema capitalista y una batalla en toda la línea contra sus servidores más abnegados, los secuaces del marxismo legalitario.

FIN